

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

*Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler¹*

(Quinault, *Atys*)

De mi país y de mi familia tengo poco que decir. Los malos tratos y el paso de los años me han apartado de uno y hecho extraño del otro. La riqueza hereditaria me proporcionó una educación fuera de lo común y un sesgo contemplativo de mi mente me permitió ordenar lo que había almacenado muy diligentemente en mis primeros estudios. Sobre todas las cosas, el estudio de los moralistas alemanes me proporcionaba mayor deleite, no porque admirara equivocadamente su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis hábitos de pensamiento riguroso me permitieron detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi genio; se me ha imputado una imaginación deficiente como si fuera un crimen, y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio siempre. En verdad, un gusto potente por la filosofía física ha teñido, me temo, mi mente con un error muy común de esta época; estoy hablando del hábito de relacionar lo que ocurre, incluso lo

1. "Quien no tiene más que un momento para vivir no tiene nada que disimular."

menos susceptible de tal relación, con los principios de esa ciencia. Por todo esto, nadie puede ser menos susceptible que yo a salirse de los recintos de la verdad a causa de los *ignes fatui*.² He creído conveniente presentar esto como premisa, para que el cuento increíble que debo contar no sea considerado más el delirio de una cruda imaginación, que la experiencia positiva de una mente para la cual los ensueños de la fantasía han sido una letra muerta y una nulidad.

Después de muchos años pasados en un viaje por el extranjero, zarpé en el año 18... del puerto de Batavia, en la isla rica y populosa de Java para hacer una travesía por el archipiélago de las islas Sunda. Fui como pasajero, sin tener otro motivo que una suerte de desasosiego nervioso que me perseguía como un demonio.

Nuestro buque era un barco hermoso de casi cuatrocientas toneladas, recubierto de cobre, y construido en Bombay con teca de Malabar. Estaba cargado de algodón en rama, y aceite de las islas Laquedivas. Teníamos también a bordo fibra de coco, azúcar de palma, aceite de manteca clarificada, cocos y algunas cajas de opio. El almacenaje se había hecho torpemente, y el buque, en consecuencia, iba mal lastrado.

Nos pusimos en camino con un simple soplo de viento y durante muchos días estuvimos en la costa oriental de Java, sin otro incidente para entretener la monotonía de nuestro rumbo que el encuentro ocasional con pequeños atracaderos del archipiélago al cual estábamos limitados.

Una tarde, apoyado sobre el coronamiento, observé una nube muy singular, aislada, hacia el noroeste. Era notable tanto por su color como por ser la primera que había visto desde nuestra partida de Batavia. La vigilé atentamente hasta la caída del sol,

2. *Ignes fatui*: fuegos fatuos.

momento en que de pronto se extendió de este a oeste, ciñéndose en el horizonte como una tira angosta de vapor, y semejando una larga línea de costa baja. Mi atención pronto fue atraída por la apariencia morada de la luna y el aspecto peculiar del mar. Este último estaba experimentando un cambio súbito, y el agua parecía más transparente que lo habitual. Aunque podía distinguir claramente el fondo, cuando levanté la sonda descubrí que el barco estaba a quince brazas. Entonces el aire se hizo intolerablemente caliente y se llenó de humos espiralados, similares a los que despide el hierro candente. Cuando llegó la noche, cada soplo de viento feneció, y es imposible concebir una calma más completa. La llama de la bujía ardía en la popa sin el menor movimiento perceptible, y un cabello largo, sostenido entre el índice y el pulgar, colgaba sin posibilidad de detectar ninguna vibración. Sin embargo, como el capitán dijo que no podía percibir ninguna indicación de peligro, y como estábamos siendo arrastrados hacia la costa por el peso, ordenó que aferraran las velas y echaran el ancla. No se dispuso ninguna custodia, y la tripulación, que principalmente estaba compuesta por malayos, se tendió sobre la cubierta. Bajé, no sin un presentimiento de algo malo. En verdad, todas las apariencias me garantizaban la malicia de un simún.³ Le conté al capitán mis miedos, pero no prestó atención a lo que dije y me dejó sin dignarse a darme una respuesta. Sin embargo, mi intranquilidad me impedía dormir, y casi a medianoche fui a cubierta. Cuando puse mi pie sobre el último peldaño de la escala de toldilla, fui sorprendido por un sonido fuerte y zumbador, parecido al que es ocasionado por la revolución veloz de una rueda de molino, y antes de que pudiera

3. En realidad, el simún es un viento abrasador propio de los desiertos de Arabia y África. Poe lo utiliza como sinónimo de huracán.

averiguar su significado, descubrí al barco estremeciéndose en su centro. Al instante siguiente, una inmensidad de agua y espuma nos hizo ladear y, pasando sobre nosotros de una punta a la otra, barrió todas las cubiertas desde la proa hasta la popa.

La furia extrema de la ráfaga fue en gran medida la salvación del barco. Aunque se llenó de agua por completo, y aun cuando sus mástiles se habían ido por la borda, después de un minuto, se levantó pesadamente del mar y, tambaleándose un poco bajo la presión inmensa de la tempestad, finalmente se enderezó.

Imposible me sería decir por qué milagro escapé de la muerte. Sacudido por el golpe del agua, me hallé, al recobrar me, atorado entre el codaste⁴ y el timón. Con gran dificultad conseguí ponerme de pie y al mirar vertiginosamente a mi alrededor, en principio fui asaltado por la idea de que estábamos entre rompientes por el carácter terrorífico, que excedía la imaginación más salvaje, de la vorágine de océano montañoso y espumoso dentro del cual estábamos atrapados. Después de un rato, oí la voz de un viejo sueco que había embarcado con nosotros en el momento de zarpar del puerto. Lo llamé con toda mi fuerza y vino entonces tambaleándose desde la popa. Pronto descubrimos que éramos los únicos sobrevivientes del accidente. Todos los que estaban en cubierta, con excepción de nosotros, habían caído por la borda; el capitán y los pilotos debieron haber perecido mientras dormían porque sus camarotes estaban inundados. Sin ayuda, poco podíamos esperar hacer por la seguridad del barco, y al principio nuestros esfuerzos fueron paralizados por la expectativa momentánea de que íbamos a hundirnos. Por supuesto, nuestras amarras se habían partido como hilo de empaque con el primer soplo del huracán, ya que

4. *Codaste*: Madero grueso puesto vertical que se ubica sobre el extremo de la quilla inmediato a la popa.

de no ser así, instantáneamente nos hubiéramos sumergidos. Nos deslizábamos por el mar con pavorosa velocidad y el agua hacía oleaje sobre nosotros. La estructura de la popa estaba muy destrozada y, aunque en casi todas partes habíamos tenido daños considerables, descubrimos, con alborozo, que las bombas no estaban ahogadas y que nuestro lastre no se había movido demasiado. La furia principal de la ráfaga ya había soplado y temíamos pocos peligros de la violencia del viento; pero preveíamos con desesperación su cese total, porque creíamos que en nuestra condición ruinoso, inevitablemente pereceríamos en una marejada que sobreviniera. Pero esta aprensión no parecía pronta a verificarse de ningún modo. Durante cinco días y noches completos, en los cuales nuestra subsistencia dependió de una pequeña cantidad de azúcar de palma que nos procuramos con gran dificultad del castillo de proa, el casco se deslizó a una velocidad que desafiaba todo cálculo, ante las sucesivas oleadas de viento, que sin igualar la violencia primera del simún, eran incluso más terroríficas que cualquier tempestad con la que me hubiese topado antes. Durante los primeros cuatro días nuestro rumbo fue, con insignificantes variaciones, sudeste hacia el sur; y debimos haber estado navegando hacia la costa de Nueva Holanda. Al quinto día el frío se hizo extremo, aunque el viento se había variado un punto más hacia el norte. El sol salió con un brillo amarillo mórbido, y trepó muy pocos grados sobre el horizonte, sin emitir una luz decisiva. No había nubes visibles, aunque el viento estaba aumentando y soplaba con una furia espasmódica e inestable. Cerca de lo que suponíamos era el mediodía, nuestra atención otra vez fue captada por la apariencia del sol. No emitía luz propiamente dicha sino un brillo opaco y sombrío sin reflejo, como si sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente, sus fuegos centrales de pronto desaparecieron,

como extinguidos por algún poder inexplicable. Era un aro borroso y plateado cuando se hundió en el océano impenetrable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día, que para mí no ha llegado aún, y para el sueco no llegó nunca. De ahí en adelante estuvimos amortajados en una oscuridad tan negra que no podríamos haber visto un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, sin el alivio de la brillantez fosforescente del mar a la que estábamos acostumbrados en los trópicos. Observamos también que, aunque la tempestad continuaba bramando con imbatible violencia, ya no se podía descubrir la presencia habitual de oleaje o espuma, que hasta entonces nos acompañaba. Todo alrededor era horror, densa lóbreguez y un desierto negro y sofocante de ébano. El terror supersticioso invadió gradualmente el espíritu del viejo sueco y mi propia alma estaba envuelta en una muda perplejidad. Desdeñamos todo cuidado del barco, por considerarlo inútil, y nos afirmamos lo mejor posible al palo de la mesana, mirando amargamente el mundo del océano. No teníamos medios de calcular el tiempo, ni podíamos formarnos ninguna conjetura de nuestra ubicación. Sin embargo, estábamos seguros de haber avanzado más al sur que cualquier navegante previo, y nos sentíamos muy asombrados de no encontrarnos con los impedimentos usuales del hielo. Mientras tanto, cada momento amenazaba con ser el último, cada oleada montañosa se precipitaba a hundirnos. La marejada sobrepasaba lo imaginable, y es un milagro el hecho de que no estuviéramos sepultados instantáneamente. Mi compañero hablaba de la liviandad de nuestra carga y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía evitar sentir la completa inutilidad de la esperanza misma, y me preparé tétricamente para la muerte que pensé que no podía diferirse más de una hora, porque con cada avance que el bar-

co hacía, la creciente de las aguas negras y estupendas se hacía más funestamente aterradora. A veces jadeábamos para respirar a una altura mayor a la del albatros, a veces sentíamos vértigo por la velocidad de nuestro descenso a algún infierno de agua, donde el aire se estancaba y ningún sonido molestaba el dormitar del *kraken*.⁵

Estábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un súbito grito de mi compañero estalló temiblemente en la noche.

—¡Mire! ¡Mire! —gritó chillando en mis oídos— ¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!

Mientras hablaba, vi que el resplandor opaco y sombrío de una luz roja, que emergía por los costados de la vasta grieta en donde yacíamos, arrojaba su brillantez incierta sobre la cubierta. Echando una ojeada hacia arriba, contemplé un espectáculo que heló mi corriente sanguínea. A una altura terrorífica directamente sobre nosotros, y sobre el preciso borde del descenso precipitoso, estaba suspendido un barco gigantesco de cuatro mil toneladas quizás. Aunque se alzaba sobre la cumbre de una ola cien veces mayor a su propia altura, su tamaño visible excedía el de cualquier barco de línea o de la Compañía de Indias existente. Su inmenso casco era de un negro oscuro y sin brillo, sin las entalladuras acostumbradas en los barcos. Una sola hilera de cañones de bronce sobresalía por sus portillas abiertas, y desde sus superficies pulidas se lanzaban los fuegos de una batería de luces interminables, que iban hacia adelante y hacia atrás respecto de su jarcia. Pero lo que principalmente me inspiraba horror y sorpresa era que se sostenía a fuerza de vela a despecho de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable. Al principio cuando lo descubrimos, sólo se veían sus amuras,⁶

5. *Kraken*: monstruo marino del folclore nórdico, similar a un calamar gigante.

6. *Amuras*: costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.

mientras se elevaba lentamente de la vorágine horrible y turbia que estaba más allá. Durante un momento de terror intenso se detuvo sobre una cumbre voluble, como si contemplara su propia sublimidad, y luego se tambaleó, vaciló y se vino abajo.

En ese instante, no sé qué repentino dominio de mi mismo sobrevino en mi espíritu. Trastabillando hacia la popa lo más rápido posible, esperé sin temor la ruina que iba a hundirnos. Nuestro propio buque había cesado finalmente sus forcejeos y se hundía de cabeza en el mar. El golpe de la masa que descendía le pegó por ende en la parte de su estructura que ya estaba bajo el agua y el resultado inevitable fue arrojarme, con violencia irresistible, sobre la jarcia del barco extraño.

Cuando caí, el barco se sostuvo y viró; y a la confusión que sobrevino atribuí el hecho de no ser notado por la tripulación. Poco trabajo me costó escabullirme sin ser percibido hasta la escotilla principal, que estaba abierta parcialmente, y pronto hallé oportunidad de esconderme en la bodega. No puedo decir por qué hice eso. Una sensación indefinible de pavor, que apresó mi mente desde la primera visión de los navegantes del barco, fue quizás el motivo de que me ocultara. No tenía voluntad de confiarme a una raza de personas que me habían ofrecido, en la mirada precipitada que les había dado, tantos puntos de novedad, duda y aprensión inciertas. Por ende, consideré apropiado urdir un escondite en la bodega. Esto lo logré sacando una pequeña parte del falso bordaje, de manera tal de hacerme un refugio conveniente entre las cuadernas⁷ inmensas del barco.

7. *Cuadernas*: piezas curvas cuya base encaja en la quilla del buque y desde allí arrancan a derecha e izquierda, formando como las costillas del casco del barco.

Apenas había completado mi labor, cuando unos pasos en la bodega me obligaron a usarlo. Un hombre pasó junto al lugar donde me escondía con paso débil e inestable. No pude ver su rostro pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Había en ella evidencia de vejez y enfermedad. Sus rodillas se tambaleaban con el peso de los años y su estructura íntegra temblaba debajo de esa carga. Murmuraba para sí, en un tono bajo y quebrado, algunas palabras de un idioma que no pude comprender y buscaba a tientas en un rincón entre un cúmulo de instrumentos de aspecto muy singular y decrepitas cartas de navegación. Su gesto era una mezcla salvaje entre el malhumor de la segunda infancia y la dignidad solemne de un Dios. Finalmente se fue a la cubierta y no lo vi más.

*

Un sentimiento imposible de nombrar ha tomado posesión de mi alma. Una sensación que no admitiría análisis, para la cual los saberes de los tiempos pasados son inadecuados, y por la que temo, el futuro mismo no me dará ninguna pista. Para una mente constituida como la mía, esta última consideración es una perversidad. Nunca, sé que nunca estaré satisfecho respecto de la naturaleza de mis concepciones. Aunque no es nada maravilloso que tales concepciones sean indefinibles, porque tienen origen en fuentes completamente nuevas. Un nuevo sentido, una nueva entidad se ha sumado a mi alma.

*

Hace mucho que pisé por primera vez la cubierta de este barco terrible y los rayos de mi destino, creo, están congregándose en un foco. ¡Hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones que no puedo adivinar, pasan a mi lado sin notarme. Ocul-

tarme es perfectamente tonto de mi parte, porque las personas *no me verán*. Hace apenas un instante pasé directamente ante los ojos del piloto, no hace mucho que me aventuré a ingresar en el camarote privado del capitán, y tomé de allí los materiales con los cuales escribo y he escrito. Continuaré de vez en cuando este diario. Es verdad que puedo no tener la oportunidad de transmitirlo al mundo, pero no dejaré de hacer el esfuerzo. En el momento final pondré el manuscrito en una botella y lo echaré al mar.

*

Ha ocurrido un incidente que me ha dado una nueva oportunidad para meditar. ¿Esas cosas son obra de un azar ingobernable? Me atreví a ir a cubierta y me he tirado al suelo, sin llamar la atención, entre un cúmulo de rebenques y velas viejas, en el fondo de un bote. Mientras meditaba sobre la singularidad de mi destino, inconscientemente untaba con una brocha de brea los bordes de una arrastradera⁸ primorosamente plegada que yacía a mi lado sobre un barril. La arrastradera ahora se inclina sobre el barco y los toques irreflexivos de la brocha han formado la palabra “DESCUBRIMIENTO”.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura de este buque. Aunque está bien armado, no es un barco de guerra, según creo. Su jarcia, su construcción y su equipamiento general niegan una suposición de este tipo. Lo que *no es*, puedo percibirlo fácilmente; lo que *es* me resulta imposible decirlo. No sé cómo pero, al examinar su extraño modelo y la forma singular de sus vergas, su inmenso tamaño y

8. *Arrastradera*: ala del trinquete.

el abultado conjunto de velas, su proa alarmadoramente simple y su popa anticuada, ocasionalmente relampaguea en mi mente una sensación de cosas familiares, y siento siempre, mezclada con sombras confusas del recuerdo, una remembranza inexplicable de las viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

*

He estado mirando las cuadernas. Están construidas de un material que me es extraño. Hay un rasgo peculiar en la madera que me desconcierta por ser inapropiada para el propósito para el cual ha sido aplicada. Me refiero a su porosidad extrema, considerada independientemente de su predisposición para ser carcomida como consecuencia de la navegación en estos mares, además de la podredumbre debida a su vejez. Quizás parecerá una observación demasiado curiosa, pero esta madera tiene todas las características de la encina española, si la encina española fuera dilatada por medios artificiales.

Leyendo la frase anterior vino a mi mente el recuerdo de un curioso apotegma de un viejo navegante holandés curtido por la intemperie. “Esto es tan seguro —estaba acostumbrado a decir cuando se albergaba alguna duda sobre su veracidad—, como que hay un mar donde el barco mismo crecerá en volumen como el cuerpo viviente del marino”.

Hace casi una hora, tuve la osadía de meterme entre un grupo de tripulantes. No me prestaron atención y, aunque me paré en medio de ellos, parecían totalmente inconscientes de mi presencia. Como el que había visto por primera vez en la bodega, todos cargaban con las marcas de una vejez encanecida. Sus rodillas temblaban por la enfermedad; sus hombros se encorvaban por la decrepitud; sus pieles marchitas rechinaban

con el viento; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; sus ojos brillaban por el reuma de los años; y sus cabellos grises flotaban terriblemente en la tempestad. Alrededor de ellos, en cada parte de la cubierta, había instrumentos matemáticos dispersos de la más obsoleta y arcaica construcción.

*

Mencioné hace un tiempo la inclinación de una arrastradera. Desde ese momento, el barco, empujado por el viento, ha continuado su curso terrorífico rumbo al sur, con todos los lienzos empaquetados desde los vertellos⁹ y botavaras¹⁰ hasta las arrastraderas de botalón más bajas, mientras que a cada momento los penoles¹¹ de sus juanetes¹² se enrollaban en el más aterrador infierno de agua que pueda imaginarse la mente de un hombre. Recién he dejado la cubierta, donde me resultó imposible mantenerme en pie, aunque la tripulación parece tener pocos inconvenientes. Me parece un milagro de milagros que nuestro enorme bulto no sea tragado de una vez y para siempre. Seguramente estamos condenados a revolotear continuamente sobre el borde de la Eternidad, sin tener una zambullida final en el abismo. Entre oleadas mil veces más estupendas que cualquiera que he visto, nos deslizamos con la facilidad de la gaviota; y las aguas colosales alzan sus cabezas sobre nosotros como demonios de la profundidad, pero como demonios limitados a simples amenazas porque tienen la prohibición de destruir. Me veo llevado a atribuir esta continua

9. *Vertello*: bola de madera que ensartada con otras forman el racamento.

10. *Botavara*: palo horizontal apoyado en el coronamiento de la popa.

11. *Penoles*: extremos de las vergas.

12. *Juanetes*: nombre del mastelero y de las velas que van sobre las gavias.

sobrevivencia a la única causa natural que puede explicar tal efecto. Debo suponer que el barco está bajo la influencia de alguna poderosa corriente, o una impetuosa resaca.

*

He visto al capitán cara a cara, en su propio camarote, pero, como lo esperaba, no me prestó atención. Aunque en apariencia y para un observador casual, no había nada en él que no pueda decirse más o menos de un hombre, lo miré con un sentimiento de reverencia y temor irreprimibles mezclados con una sensación de sorpresa. Su estatura es casi como la mía, es decir, cinco pies y ocho pulgadas. Tiene una buena contextura física, que no es robusta ni llamativa por otra causa. Pero es la singularidad de la expresión que impera en su rostro, es la evidencia intensa, maravillosa, aterradora de su vejez, tan completa y tan extrema, lo que despierta ese sentimiento en mi espíritu, un sentimiento inefable. Su frente, aunque tiene pocas arrugas, parece cargar con el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son crónicas del pasado y sus ojos aún más grises son sibilas del futuro. El piso del camarote estaba profusamente sembrado de extraños folios enganchados con hierro, instrumentos científicos desgastados y cartas obsoletas y olvidadas. Él apoyaba la cabeza sobre las manos y estudiaba con ojos inquietos y vehementes un papel que supuse era una misión y que, de todas formas, llevaba la firma de un monarca. Murmuró algo para sí mismo, como hizo el primer marino que vi en la bodega, unas sílabas bajas y malhumoradas de una lengua extranjera, y aunque de mí estaba muy cerca, su voz pareció llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

*

El barco y todo lo que hay en él están imbuidos por el espíritu de lo Antiguo. La tripulación se desliza de un lado a otro como fantasmas de siglos sepultados; sus ojos tienen un significado ansioso e inquieto; y cuando sus dedos se atraviesan en mi camino recortados contra el brillo salvaje de la batería de luces, me siento como nunca me he sentido, aunque toda mi vida he sido un traficante de antigüedades y he absorbido las sombras de las columnas caídas de Balbec, Tadmor y Persépolis, hasta que mi propia alma se ha convertido en una ruina.

*

Cuando miro alrededor me siento avergonzado de mis primeras aprensiones. Si temblaba por la ráfaga que hasta aquí nos acompañó, ¿he de horrorizarme ante una guerra de viento y océano, para los cuales las palabras *tornado* y *simún* son triviales e inútiles? Toda la vecindad inmediata del barco es la oscuridad de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero casi a una legua a cada lado de nosotros, se pueden ver indistinta y alternadamente estupendos terraplenes de hielo, estirándose hasta el cielo desolado y semejando ser las paredes del universo.

*

Como imaginé, el barco está en una corriente; si puede darse apropiadamente ese apelativo a un flujo que, rugiendo y chillando junto al hielo blanco, truena hacia el sur con una velocidad semejante a la de las aguas que descienden en una catarata.

*

Presumo que concebir el horror de mis sensaciones es totalmente imposible; aunque la curiosidad de penetrar los misterios de esas regiones espantosas predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con el aspecto más ominoso de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia un conocimiento excitante, un secreto que jamás será comunicado y cuya obtención implica la destrucción. Quizás esta corriente nos conduce al mismo Polo Sur. Es menester confesar que una suposición aparentemente tan descabellada tiene todas las probabilidades a su favor.

*

La tripulación camina por la cubierta con paso inquieto y trémulo; pero hay en sus semblantes una expresión más bien de esperanza ansiosa que de apatía de la desesperación.

Mientras tanto, el viento sigue en popa y como tenemos una multitud de velas, a veces el barco se eleva sobre el mar. ¡Ah, horror de horrores! El hielo se abre de pronto a la derecha y a la izquierda, y estamos girando vertiginosamente, en

inmensos círculos concéntricos, circundando una vez y otra los bordes de un anfiteatro gigantesco, cuyas paredes se pierden en la oscuridad y en la distancia. Pero me queda poco tiempo para reflexionar sobre mi destino, los círculos rápidamente se empequeñecen, nos estamos sumergiendo demencialmente en las garras de una vorágine y, entre el rugido y el bramido, y el trueno del océano y de la tempestad, el barco se estremece, ¡oh Dios!, y se hunde.*

* El "Manuscrito hallado en una botella" fue publicado originalmente en 1831, y sólo muchos años después conocí los mapas de Mercator, donde el océano es representado como una precipitación en el Golfo Polar (nórdico) por cuatro desembocaduras, para ser absorbido en las entrañas de la tierra; el mismo Polo está representado por una roca negra, que se alza a una altura prodigiosa (nota del autor).

